

EN BUSCA DEL ESLABÓN, UNA NOVELA DARWINISTA

Armando García González

INTRODUCCIÓN

Desde la antigüedad clásica los hombres han utilizado la poesía y la narrativa para abordar temáticas científicas y tecnológicas, ya adoptando espíritu crítico favorable, ya burlándose de éstas y de sus defensores. Bastaría señalar autores bien conocidos como Lucrecio, Platón, Aristóteles. Obras de agricultura y astronomía, pero también artilugios e inventos mecánicos son celebrados en la Edad Media por los poetas árabes, Mosé b. Ezra, Amhald ibn Luyun y otros. La medicina y los médicos son muy tratados (de forma satírica o no) tanto en aquella época como durante el Renacimiento y el Barroco por Guillén de Cervera, Berceo, Quevedo, y lo mismo podría decirse de la geografía que en los siglos XVIII y XIX tienen cultivadores no sólo en prosa sino también en verso. Pero son sin duda Camilo Flammarion y Julio Verne las figuras que más descuellan en ese sentido en incorporar a sus novelas diversos aspectos científicos, habiendo tenido un importante precedente en aquel Cyrano de Bergerac con su fantástico y excelente *Viaje a la Luna*.

Por eso no es de extrañar que una obra de tanto impacto como la de Charles Darwin fuese también tratada por la literatura. Tanto la personalidad de Darwin, como su teoría y, la derivación que de ella se hizo, el darwinismo social, fueron elementos riquísimos para la trama de novelas, que en cierto modo, seguían ya aquellas que tenían que ver con las complejas relaciones raciales presentes en el siglo XVII (*El moro de Venecia*, de Shakespeare), con las controvertidas opiniones acerca de los aborígenes americanos, en el XVIII, como la obra sobre *el buen salvaje* de Rousseau, o ya en la Cuba del XIX, con algunas novelas que abordan el tema la esclavitud de Cirilo Villaverde, Anselmo Suárez y Romero y Antonio Zambrana. Si a ello se añade el desarrollo extraordinario que tuvo la biología en ese último siglo: una verdadera revolución cultural de la época, entonces es posible comprender la magnitud de la trascendencia del pensamiento darwinista. Curiosamente, también las ideas eugénicas, del primo de Darwin, Francis Galton serían llevadas a la literatura en diversas novelas y obras de teatro de muchos países, entre ellos Cuba (el médico César Rodríguez Expósito) y España (el médico santanderino Diego Enrique Madrazo).

Fue Edward Bulwer-Lytton (1803-1873), popular novelista inglés, quien al parecer introdujo por vez primera a Darwin en una de sus novelas, bajo la piel del Profesor Long que había escrito dos volúmenes sobre las lepas¹; algo que en realidad había hecho Darwin, cuando tras su viaje del Beagle, trabajó sobre los cirrípedos desde 1846 hasta 1854². El éxito obtenido por el *Diario* del aludido viaje, luego de su publicación en 1839, había dado a Darwin una celebridad increíble en Inglaterra; pero ésta se intensificó desde el punto de vista internacional, después de la aparición en 1859 del *Origen de las Especies*, y especialmente tras el debate sostenido un año más tarde por su amigo y propulsor de sus ideas, Thomas H. Huxley con el obispo Wilberforce, y la consiguiente oposición que los sectores religiosos hicieron a la obra de Darwin. Los conceptos darwinistas de la selección natural y sexual y la lucha por la vida generaron no sólo debates de este género, sino también múltiples trabajos científicos que permitieron a Darwin explicar con más detalle sus concepciones en ediciones posteriores de dicha obra. Asimismo, acumular y madurar nuevos datos que, unidos a los que ya tenía en profusión, conformaron su nueva obra *El origen del hombre*, publicada en 1871. Ambas obras, ya en su idioma original, ya mediante traducciones, fueron leídas, introducidas y discutidas en diversos países, y como era de esperar incorporada de una forma u otra a la literatura narrativa. Hay que tener en cuenta que estas obras de Darwin se vincularon un gran volumen de asuntos médicos y biológicos que se abordaban en el siglo XIX: como el monogenismo y el poligenismo, la unidad de la especie humana, el mestizaje, el cruzamiento, la influencia del ambiente y de la herencia, estudios craneométricos y fisiológicos, entre otros, que eran predarwinianos, pero que indudablemente recibieron un gran impulso con las obras del célebre inglés.

Algunos datos biográficos de Francisco Calcagno

Cuando en 1888 el habanero Francisco Calcagno (1827-1903) publicaba su obra *En busca del eslabón. Historia de monos*, la antropología había alcanzado un significativo desarrollo en países como Inglaterra, Francia, Alemania e Italia. Coincidiendo con la primera edición de *El origen de las especies* (1859) de Darwin, se creaba la Sociedad Antropológica de Francia, donde personalidades sobresalientes de esta disciplina, como Quatrefages de

¹ Darwin, Carlos (1986) *Autobiografía*, Ciudad de La Habana, Editorial Científico Técnica, p. 75.

² Darwin, Charles, *A monograph on the Class Cirripeda*, publicada por la Sociedad Ray de Londres: dos volúmenes en 1851 y dos en 1854. *Ibidem*, p. 130.

Breau, Broca, Topinard y Hamy, entre otros, seguían la línea del transformismo lamarckiano para llevar la antropología francesa –como al fin lo lograron– a un lugar cimero en la historia de la ciencia decimonónica. La mencionada institución promovió la creación de otras semejantes en New York, Moscú, Leningrado y Madrid en 1865, Manchester en 1866, Florencia en 1868, Berlín en 1869, Roma en 1870, Estocolmo y Tiflis en 1874³. Tres años después, en 1877, se inauguraba, bajo la dirección de la de Madrid, la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba. Aquélla había encomendado –el 14 de diciembre de 1876– a sus miembros correspondientes en La Habana, Luis Delmas, Juan Santos Fernández, Gabriel Pichardo y Vicente de la Guardia, constituyeran una comisión para fomentar los estudios antropológicos de la isla. A partir de esa fecha se realizaron varias reuniones con el fin de fundar en Cuba una corporación similar a la matritense. En una de las actas correspondientes a dichas reuniones –la del 12 de septiembre de 1877– se recoge el listado de los primeros socios de número propuestos y admitidos por la Sociedad, entre los que se encuentra Francisco Calcagno, profesor de instrucción⁴, quien era ya por entonces una destacada personalidad en el panorama cultural del país.

Hijo del médico italiano Juan Francisco Calcagno, residente en Cuba y autor entre otros trabajos de un tratado sobre el cólera morbo (1833), había nacido en Güines, La Habana, en marzo de 1827. Realizó sus primeros estudios en su pueblo natal, y luego los prosiguió en el Colegio de Carraguo de La Habana, en cuya Universidad cursó más tarde Filosofía y Letras. Viajó por los Estados Unidos, Francia e Inglaterra, con el fin, entre otras cosas, de perfeccionar idiomas, y regresó a Cuba debido a la muerte de su padre ocurrida en Güines en 1860. En este pueblo y en su propia casa funda una imprenta, una biblioteca, una academia de idiomas y un periódico, el *Album Güinero* (1862)⁵. En los años siguientes, Calcagno daría a la imprenta un buen número de obras literarias, entre ellas libros de poemas, novelas, biografías, un diccionario biográfico cubano, artículos y además, algunos trabajos que tenían que ver con la ciencia; destacándose sus novelas *Historia de un muerto* (1875) y *En busca del eslabón* (1888)⁶. Esta última, sin duda, la que

³ Rivero de la Calle, Manuel, *Actas de la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba*, La Habana, Comisión Nacional de la UNESCO, 1966 (introducción)

⁴ *Ibidem*, pp. 19-20.

⁵ *Diccionario de la Literatura Cubana*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1980; 2 vols.

⁶ Calcagno, Francisco, *Historia de un muerto y noticias de otro mundo*. La Habana, Imprenta del Directorio, 1875; 2da. Edición *Historia de un muerto. Meditaciones sobre las ruinas de un hombre*. Barcelona, Casa Editorial Maucci, 1898. *En busca del eslabón. Historia de monos*, Barcelona, Imp. de S. Manero, 1888; 2da. edición, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1983., que es la que hemos utilizado en este artículo. También puede verse en relación

le impulso a participar de forma activa ese mismo año en la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba, como veremos posteriormente.

En dicha institución se abordó en varias ocasiones el asunto del origen y evolución del hombre, junto con otros aspectos como la herencia y el cruzamiento de razas⁷. De manera que Calcagno, como uno de sus miembros, estaba muy al tanto de las discusiones en ella suscitadas. También le mantenían informado acerca de estas cuestiones, además del *Boletín* de la Sociedad, otras publicaciones periódicas de la época como *la Revista de Cuba*, *la Crónica Médico- Quirúrgica de la Habana*, *La Enciclopedia*, que divulgaban los estudios de cubanos y españoles aquí residentes; así como de las personalidades extranjeras más relevantes de la antropología mundial.

Asimismo, la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana, a través de sus *Anales* y las discusiones científicas desarrolladas en su seno constituían importantes divulgadores de la antropología, incluso antes de que se fundara la Sociedad. Fueron los propios académicos Juan Santos Fernández, Luis Montané, Nicolás J. Gutiérrez y Antonio Mestre Domínguez, quienes sirvieron de estímulo y apoyo a la creación y mantenimiento de la misma. Tanto fue así que, privada de un local donde efectuar sus actividades, debió sesionar toda su vida (hasta 1892) en los salones de la Academia; aunque la situación se simplificaba un poco si tenemos en cuenta que la mayoría de los integrantes de la Sociedad eran también académicos. A todo ello habría que agregar las lecturas individuales y en varios idiomas que gracias a sus conocimientos (Calcagno tradujo entre otros autores a Víctor Hugo) debió realizar por su cuenta el literato habanero.

con la ciencia, su disertación de física, *El vaso de agua con panales*, La Habana, Imp. de E. Fernández Casona, 1885.

⁷ García González, Armando, *Actas y resúmenes de actas de la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba en publicaciones periódicas del siglo XIX*, La Habana, Editorial Academia, 1988. "En torno a la antropología y el racismo en Cuba en el siglo XIX", En *Cuba, la perla de las Antillas*, Actas de las I Jornadas sobre Cuba y su historia, Aranjuez, Ediciones Doce Calles- Ateneo de Madrid, 1995, pp. 45-64. "Racismo, ciencia y autonomismo en Cuba", En *De la ciencia Ilustrada a la Ciencia Romántica*, Actas de las II Jornadas sobre España y las expediciones científicas en América y Filipinas, Aranjuez, Ediciones Doce Calles-Ateneo de Madrid, 1995, pp. 169-180. "Ciencia, racismo y Sociedad en Cuba: 1878-1895", en *Cuba y Puerto Rico: en torno al 98* Valladolid, Universidad de Valladolid, 1998, pp. 43-56. García González, Armando y Pedro M. Pruna, "El transformismo en la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba", *Asclepio*, Madrid, CSIC, 1987, vol. XLIII, pp. 205-236. Pruna y Armando García González, *Darwinismo y Sociedad en Cuba. Siglo XIX*, Madrid, CSIC, 1989. Naranjo Orovio, Consuelo y García González Armando, *Racismo e inmigración en Cuba en el siglo XIX*, Aranjuez, Editorial Doce Calles, 1996, . García González, Armando y Consuelo Naranjo Orovio, "Antropología 'raza' y población en Cuba en el último cuarto del siglo XIX", *Anuario de Estudios Americanos*, Sevilla, 1998, t. LV (1), pp. 267-289.

Los aspectos antropológicos, objeto de preocupaciones y motivos de discusión en el país, desde que Felipe Poey realizara en 1849 y 1865 sus estudios de cráneos aborígenes, hallados por el español Miguel Rodríguez Ferrer en su recorrido por la región oriental dos o tres años antes de la primera fecha, así como aquéllos que se destacaban en el extranjero, no eran pues, ajenos a la abierta mentalidad de Calcagno, quien se propuso resumir los conocimientos antropológicos de su época en una novela al estilo de las de Julio Verne o Flammarión, autores bien conocidos por él. *En busca del eslabón* no sólo refleja dichos conocimientos, sino otros vinculados con críticas al racismo y al colonialismo, muchos de los cuales son satirizados por el literato cubano, si bien algunas veces admitidos como parte del substrato científico de la época. Abordaremos unos y otros a medida que se estudien los elementos que, a nuestro juicio, resultan esenciales.

En la época de Calcagno se publicaron varias novelas vinculadas de alguna forma con el evolucionismo. Con anterioridad a la del cubano, el español Emilio Castelar publicó su *Historia de un corazón*, que, como bien apunta Juan Fernández,⁸ se inspira en los criterios sobre el peso del factor sexual en la selección natural propugnado por Darwin en su *Descent of man*; narrando los amores de Carolina, una mujer casada, con su amante esclavo y mulato, del cual nació por herencia un hijo “cuarterón”. En el mismo año de 1888 en que Calcagno publicaba su novela, Julio César Riberiro publicaba la suya bajo el seudónimo de Vaughan, en esta obra titulada *A carne*, hay un protagonista que conversa en Inglaterra con Darwin sobre temas evolucionistas. La influencia de la herencia sería abordada por el uruguayo Carlos Reyles en su novela *Beba* en 1894. En este caso, uno de los protagonistas es un amante de la ciencia y posee un museo de ciencias naturales y una finca, llamada El Embrión, donde se dedica al cruzamiento de ganado. Las relaciones consanguíneas entre éste hombre y su sobrina, darán lugar a un caso teratológico que desembocará en tragedia. El asunto de los amores impuros, pero esta vez con un gorila sería tratado por el español Silvio Kossti en su obra *Las tardes del sanatorio*, publicada en 1909. Naturalmente, la obra del cubano tiene una carga mucho mayor que estas obras de contenido científico; lo que a veces la hace un tanto engorrosa de leer; lo cual no quita para que en muchas partes su tono jocoso la haga amena⁹. Trata de la expedición realizada por un abigarrado grupo que, dirigido por el capitán Thudenbolt, un aventurero

⁸ Fernández-Mayoralas, Juan, “Iberismo y raza latina (en torno a 1870)”, *Tiempo y Tierra*, 1997, n° 4, pp. 53-85.

⁹ Para un análisis literario de esta obra, véase el realizado por Roberto Friol en el prólogo a la edición de 1983.

norteamericano, parten en el buque Antropoide en busca del pretendido eslabón entre el hombre y los monos, y concluye, luego de diversas aventuras en Brasil, África y las islas Fidji, con un rotundo y gracioso fracaso.

La concepción del mundo de Calcagno

Si bien no siempre pueden confundirse las ideas de Calcagno con las de sus personajes, es a través de ellos que en cierta medida brinda, con tono aleccionador e irónico, sus opiniones científicas, o al menos las debatidas en ese período tanto en Cuba como en el extranjero. No cabe duda que se propone –además de satirizar y cuestionar algunas de ellas–, mostrar sus amplios conocimientos en la materia a la comunidad científica de su tiempo. Tales conocimientos –como ya han asegurado otros estudiosos de su obra– no nacen sólo de la documentación previa que debió consultar Calcagno para escribir su novela, sino de otros más arraigados por una lectura consecuente y una vasta cultura. Concedor de las obras de Lamarck, Darwin y Haeckel, dirá de ellos por boca de uno de sus personajes: "son los hombres más grandes que ha producido la humanidad". Su amplia formación humanística le ofrece la posibilidad de relacionar en su libro las obras, los trabajos y exploraciones de casi trescientos autores, vinculados con las temáticas antropológica, paleontológica, viajes y ciencias naturales en general. Entre ellos, unas tres docenas son mencionados repetidas veces en sus páginas, destacándose Agassiz, Buffon, Cuvier, Haeckel, Darwin, Humboldt, Lamarck, Saint-Hilaire, Topinard y Wallace.

En la novela se recogen y aplican de continuo los criterios de Lamarck sobre el uso y desuso de los órganos y la transmisión de los caracteres adquiridos, incluso aparece el célebre ejemplo de las jirafas¹⁰. Sobre las ideas de Darwin sucede otro tanto: la aplicación de la selección natural y la lucha por la existencia se reflejan en varias partes de la obra¹¹. Destaca, asimismo, la influencia del ambiente, pues en su opinión "todos los cambios evolutivos están dados por cambios geológicos, la lucha por la vida, la variación del clima y del terreno, en fin, con el resultado de las fuerzas que nos rodean y agentes que nos vivifican". Calcagno recurre a Darwin, además, para explicar el origen del lenguaje, la extinción de los grandes mamíferos y el proceso de la evolución en sentido general. De la teoría del científico inglés, expresará, de acuerdo con sus concepciones religiosas, que es tan cierta como las de Galileo y Copérnico sobre la rotación y situación de la Tierra, pero

¹⁰ Calcagno, *En busca del eslabón*, *Opus cit.*, pp. 32-33, 77-78.

¹¹ *Ibidem*, pp. 39-40, 65-188.

dirigida en su inicio por Dios, "lo cual lo hace más lógico sin ser más grande". Algo que, desde luego desaprobaría el propio Darwin, quien no aceptaba la intervención del Creador en su teoría.

Al igual que muchos de los intelectuales de su época, Calcagno admite la mano de Dios en tanto principio rector y creador de todo lo que existe, pero no en sus formas estáticas, sino permitiendo la evolución y desarrollo de las especies, o sea, el transformismo. De ahí que Don Sinónimo, el capitán Thunderbolt y aun el personaje más racista de la novela, el falso Stanley, tres de los cuatro científicos de la novela (el cuarto es el propio Calcagno quien a veces diserta por su cuenta), coincidan al afirmar que "si no aceptamos el transformismo, si admitimos la aparición instantánea de una especie sin precedente evolucionario, imposible a la lógica natural, tendremos que creer en el milagro que es el absurdo más inexcusable que pudo ocurrir a la imaginación humana; absurdo y ultraje a la divinidad a quien se empequeñece y deshonra atribuyéndole la debilidad de hacer milagros, es decir, de contradecir sus propias leyes"¹².

Esta grandeza de Dios se hace todavía más manifiesta, según expresan diferentes personajes de la novela y aun el propio Calcagno, cuando admite la posibilidad de que existan otros planetas habitados por seres con distintos grados de desarrollo evolutivo¹³. Por ello, la aceptación religiosa del principio de la evolución, acorde con algunos positivistas de entonces, contrapone continuamente el análisis mecánico o "fijista" de la génesis de Moisés en relación con las ideas de Darwin, aunque, en ocasiones, el tratamiento a las ideas religiosas llega a ser irreverente por el tono de burla que emplea Calcagno.

La primera discusión pública del darwinismo en Cuba se había realizado en la Academia de Ciencias de La Habana en 1868, si bien era conocida desde años antes, como refleja, el químico y agrónomo Álvaro Reynoso al mencionar *El origen de las especies* en uno de sus

¹² *Ibidem*, p. 34.

¹³ Este mismo argumento, era defendido por ejemplo por Francisco de Armas y Martínez, al comentar la obra de Flammarión, "Las Maravillas Celestes", publicada entre 1866 y 1867. Armas diría que "Bajo cualquier aspecto que se examine la Creación, la doctrina de la Pluralidad de los Mundos, se formula y presenta como la sola explicación del objeto final, como la existencia de las formas materiales, como la coronación de las verdades astronómicas. Nuestro orgullo y presunción ha podido hacernos superiores a los demás seres de la creación, pero felizmente el raciocinio que el Supremo Hacedor ha derramado en nuestro juicio nos transporta al infinito". "Las Maravillas Celestes", Biblioteca de las maravillas-L. Hachette y Cpa. París, 1866-1867; comentado por Francisco de Armas y Martínez.; pp. 99 y 101.

trabajos en 1867¹⁴. Veinte años después, cuando se publica la obra de Calcagno, estas ideas eran ya hacía mucho tiempo aceptadas y bien conocidas por una buena parte de los científicos cubanos. Algo parecido ocurría con los criterios de Haeckel, difundidos, gracias a las traducciones y comentarios que publicaron en la *Revista de Cuba* y *El eco de Cuba*, algunos miembros de la Sociedad Antropológica habanera a partir de 1877, como Julián Gassie, Enrique Fernández Veciana y José María Céspedes. Todo parece indicar que Calcagno no sólo conocía estos trabajos, sino también las obras del propio Haeckel, quien ya había publicado *Morfología general de los organismos*, *Historia natural de la evolución*, donde difunde su teoría monista, así como su *Anthropogenie ou historie de la evolution humaine*. La teoría haeckeliana acerca de la evolución desde la mónera hasta el hombre –una de las mejor fundamentadas de la época– tuvo una gran aceptación por el círculo científico habanero, a juzgar por las referencias halladas en distintos artículos del período, redactados por el médico y antropólogo Arístides Mestre en 1877 y el español graduado en la Universidad de La Habana, Francisco de Francisco y Díaz, quien abordó el tema de la evolución en su tesis de doctorado en 1890, ya analizados en otra investigación¹⁵

En la novela de Calcagno, basada más en los criterios de Haeckel que de Darwin, aparecen a menudo las ideas del naturalista alemán, mezcladas con otras como la del perfeccionamiento gradual de los seres, proveniente de Aristóteles en su más lejano antecedente, pero muy común en el pensamiento biológico del XIX. "El hombre no es más que el último resultado, hasta hoy, del perfeccionamiento de la materia bruta [...] Qué eslabonamiento infalible entre las veinte gradas que va desde la mónera o primer elemento forme hasta el hombre"¹⁶. Asimismo, se refleja la teoría de la recapitulación, planteada por Müller y desarrollada por Haeckel: "El hombre también, durante los nueve meses de su vida fetal, reviste sucesivamente la forma de razas que dominará más tarde, y fue en el seno materno, mónera, célula, reptil, tuvo cola, un solo pulmón, pulgar no oponible, sus

¹⁴ Pruna y García González, *Darwinismo... Opus cit.* En cuanto a la cita de Reynoso, sobre *El origen de las especies*, véase Reynoso, Alvaro, *Apuntes acerca de varios cultivos cubanos*, Madrid, Imprenta de M. Rivadeneyra, 1867, p. 52. Cf. Pruna, Pedro M. "El evolucionismo biológico en Cuba a fines del siglo XIX", en Thomas F. Glick, Rosaura Ruiz y Miguel Ángel Puig-Samper (Editores) *El darwinismo en España e Iberoamérica*, Madrid, UNAM, CSIC y Ediciones Doce Calles, 1999, p.p. 71-72.

¹⁵ Los artículos en cuestión son: de Mestre "Deben los anfibios constituir un orden entre los reptiles o bien una clase intermedia entre los reptiles y los peces", y de Francisco y Díaz, "La evolución como base de la clasificación biológica". Cf. García González, Armando (1985) "Tres trabajos teóricos sobre clasificación zoológica en Cuba en el siglo XIX". Trabajo presentado en el Primer Congreso Latinoamericano, La Habana 1985 (inédito)

¹⁶ Calcagno, *En busca del eslabón... Opus cit.*, p. 38.

primeros dientes son atávicos, y al nacer cuadrúpedo como lo fue la humanidad representada en su inicio por ese antropopiteco cuyas huellas se creen perdidas”¹⁷.

Clasificaciones taxonómicas. Origen y antigüedad del hombre

Calcagno menciona más de treinta especies de fósiles, muchos de los cuales se plantean como antecesores de diferentes formas de animales y vegetales. También relaciona un gran número de caracteres de distintos monos (ateles, segui, arahuato, es decir, *Alouatta* o mono aullador), y habla de sus costumbres. Lo mismo sucede con varias tribus humanas como los botecudos, bosquimanos y hotentotes, de los cuales realiza descripciones físicas y etnológicas, ello revela la gran diversidad de bibliografía conocida y consultada por el autor. Critica, con acierto, el error de Linneo de incluir dentro de los primates a organismos tan alejados evolutivamente como el hombre y la zarigüeya del Perú y Brasil, yerra sin embargo –como algunos autores de la época– al excluir de ese grupo al ateles, porque, según afirma el propio Calcagno, posee garras y no uñas, sin considerar que ciertos primates presentan algunos dedos con garras para realizar determinadas funciones. Aunque se vale de algunas clasificaciones de grupos animales como la de los platirrinos de Huxley, de los babuinos y del género *Simpie*, satiriza a los "fabricantes de sistemas y clasificaciones" por abusar de ellos, como era frecuente en la centuria decimonónica.

La realidad es que durante ese siglo se observan múltiples intentos por hallar una clasificación más exacta que refleje las verdaderas relaciones entre los animales y entre éstos y las plantas. Luego de la *Carta geográfica* de Linneo, se formulan las de las *líneas paralelas* de Cuvier y los *círculos quinarios* de Mac Leay, pero al parecer uno de los más aceptados durante la mayor parte del siglo es el de la *línea serial* planteada por Bonnet y luego perfeccionada por Blainville. Las limitaciones de este último sistema son señaladas en Cuba por Manuel Antonio Aguilera (1874)¹⁸, pues ya se consideraba que la evolución no podía ser lineal. Ello había sido expuesto antes por Felipe Poey, a quien repugnaba "el considerar al Cocodrilo inferior a la Tortuga, el Pulpo a la Lerneia, el Cangrejo a la Garrapata (*A carus*) una Araña a un Piojo"¹⁹.

¹⁷ *Ídem.*

¹⁸ Aguilera, Manuel Antonio "Clasificaciones biológicas" *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*, 1874, t. 11, pp. 171-184. CF. García González, "Tres trabajos..." *Opus cit.*

¹⁹ Poey, Felipe, *Memorias sobre la historia natural de la isla de Cuba*; Habana, 1851, vol. I, p. 356.

A pesar de que Calcagno cae en aseveraciones poco científicas –de las que estaba plagada mucha literatura de la época–, guiándose por el criterio de ciertas autoridades o por el suyo propio, critica irónicamente las opiniones pseudocientíficas: “”...y aún hay quien pretende que en Sumatra las hembras llevan en brazos a las niñas y los machos a los varones. Plinio presume que las madres amaban al chico que llevan en brazos y odian al que llevan detrás. Nadie como Plinio cuando quiere inventar [...] Nunca vieron individuo alguno de la tribu de los caudíferos o portacolas, (por 1732) el misionero portugués José Rivera, y la razón es que no los hay”²⁰. Opiniones que no eran gratuitas, pues tanto en diversas instituciones como publicaciones (incluyendo las cubanas que las reproducían) aparecían y se debatían trabajos que hablaban de esta clase de atavismo, atribuyéndose cola incluso a tribus completas, como se decía de los niams niams.

Siguiendo a la elite más avanzada en estudios antropológicos, demuestra correctamente al final en su libro, que las formas actuales vivientes no son fases intermedias en la evolución de los primates. Sin embargo, manifiesta algunos conceptos erróneos, como por ejemplo, al aceptar con Buffon que los manatíes son formas transicionales entre los cetáceos y los cuadrúpedos anfibios, que el Nuevo Mundo era más antiguo geológicamente que el Viejo y que los mamíferos pasaron de América a Europa. Opina, asimismo, que los lémures son oriundos de Madagascar (todavía en la actualidad se discute si llegaron a esta isla procedente de África en balsas naturales). Tales equivocaciones no son imputables a su persona, sino al desarrollo de las ciencias naturales en su tiempo, ello sucede también con la generalizada idea de confundir el grado de desarrollo y civilización con las características biológicas de determinadas tribus y pueblos.

Racismo y evolución

En la obra aparecen dos grandes disertaciones científico-filosóficas donde se muestran los criterios racistas, puestos en boca de dos de los personajes de la novela: el falso Stanley y Don Sinónimo, si bien los del primero son más virulentos; tanto que Calcagno llega a ironizarlos abiertamente. En resumen, las ideas del falso Stanley consisten en creer que hay un vacío entre el hombre (rey de la creación) y los monos (cuadrúmanos), dado por la inteligencia del primero. Su evolución lenta y gradual proviene –dirigida en su inicio por Dios– de una rama colateral de los monos catarrinos posiblemente, extinguida en el

²⁰ Calcagno, *Opus cit.*, p. 62.

plioceno, de acuerdo con el criterio darwiniano (opinión que expresa también Don Sinónimo y parece compartir Calcagno). Pero, añade Stanley con un racismo extremo para la época, que no hay eslabón perdido, pues el negro salvaje es el antropopiteco, existiendo un *hiatus* entre él y el hombre, mas no entre él y el mono. Teoría que Calcagno califica de "extraña" y deja "mudos de estupor" a los demás personajes de la novela.

Para el falso Stanley, el negro estaba más cerca de los monos que de los hombres (se entiende, blancos), criterio racista de Nott y Glidon quienes, según trae a colación el propio Calcagno, estimaban que las tribus de los hotentotes y bosquimanos distaban más del europeo que del orangután. Los viajeros –añade el personaje literario– no han podido decidir cuál será el tipo inferior o más degradado: En opinión de Haeckel son los bosquimanos. Cook considera que los tasmanios, Eyre, que los australianos. Para Darwin, Wilkees y Fitzroy son los fueganos. Según Lalleman y Liais deben ser los botecudos. A juicio de Bonet y Owen son los adamanitas. Mientras tanto, Knox estima, como de mayor inferioridad a los oriundos de Ceilán. Berckley, por su parte, juzga a los mahoríes como "los más dignos de cola", y para Dampier estos son los hodmadoz de Madagascar.

El falso Stanley da la razón a todos y aduce que el verdadero hombre, evoluciona a través de las épocas y el salvaje permanece estacionario, sin que pueda prescindir de su barbarie, y todas sus acciones son por instintos, como en los animales. En el caso del negro salvaje y el mono, la única diferencia que Stanley reconoce, es que aquél, domesticado, aprende algo más que éste. Para ratificar esta absurda y racista opinión niega los acertados criterios del antropólogo alemán Schaaffhausen, quien, según revela el propio Calcagno, afirmaba que "el hombre primitivo debe relegarse a un grado más bajo que el hombre más primitivo de hoy"²¹. El falso Stanley, por su parte, estimaba lo contrario, puesto que para él, mientras el hombre primitivo avanzaba (tenía algo de alfarería, sílex, cuernos cincelados), las tribus de hoy no.

²¹ Esto no quiere decir que este antropólogo careciese de ideas discriminatorias, pues consideraba, guiándose por la antropología francesa e inglesa, que el peso del cerebro y la capacidad craneana entre las razas humanas, determinaba también diferentes grados de inteligencia; y por tanto consideraba a los blancos europeos en la escala superior; y lo mismo creía en cuanto a varias características óseas y anatómicas en general, que "existían" en tribus salvajes y que las acercaban a los hombres primitivos. En cuanto a la teoría darwiniana, le quitaba todo mérito aludiendo que Darwin no había añadido nada a la teoría científica del transformismo; que su selección natural la había desarrollado bajo un punto de vista estrecho y exclusivo; que la selección natural no se aplica al hombre (la inteligencia y la genialidad no se heredan) y otras críticas. Cf. Schaaffhausen, *La antropología y la etnología prehistóricas*, Madrid, Imprenta Rollo, 1891, pp. 47-56.

Todas estas tribus –en especial los hotentotes– eran repugnantes, estúpidas, feroces, cobardes, rastreras, sucias, encontrando que los cuadrúmanos son más limpios y sociales que estos grupos de la especie humana, y mezclando estas cuestiones de tipo moral con algunos caracteres antropológicos: labios belfos, mandíbulas prominentes y cerebro veinticuatro veces menor que el del angloamericano (según el antropólogo norteamericano Meigs), "rostros carbonizados", nariz platirrina, frente deprimida y pómulos salientes. Se apoya para ello en los criterios racistas, ya señalados de Nott y Glidon, de Lubbock y hasta de Haeckel; este último creía que quien "los estudie sin prevención verá que se acercan más al gorila y al chimpancé que a un Kant o a un Goethe"²². Sin religión, gobierno ni familia esas tribus viven en una barbarie tan grande "que excusaría la esclavitud si toda esclavitud no fuera un crimen". Pero al expresar cómo los padres venden a sus hijos, el infanticidio y otras costumbres atroces, deviene prácticamente en aceptarla, pues concluye que "si tales monstruos son de la especie humana no quisiera ser de ella porque hasta los mismos monos protestarían si se les incluyera en la suya"²³. O cuando añade más adelante que no se puede esclavizar al negro porque no es aún el hombre, pero tampoco es el mono. Así, y para justificar la idea racista de que "el negro sirvió de tránsito entre el antropoide y el hombre", blanco por supuesto, enumera las características antropológicas que, en su opinión, poseen estas tribus africanas como el "hocico gestero", pequeñez de frente y cerebro, desvío del agujero occipital, inflexión del espinazo, posición inclinada del bacinete y curvatura del estómago, rodillas nudosas, dedos de los pies separados con sesgo de la planta; así como organización idéntica a la de los monos.

Según se advierte, estas características son erradas, y resultan hoy absurdas, pero no eran infrecuentes en la época. Claro está, exacerbados en mayor escala por los sectores más racistas y colonialistas. También se esgrimían otros argumentos, entre ellos: el cráneo dolicocefalo, la "carencia de mentón", o sea el prognatismo, el largo de los brazos, la "ausencia de pantorrillas" y la presencia de vestigios de cola (aunque también la poseyeran los blancos) rasgos todos que dichos sectores consideraban semejantes a los de los monos. También solían comparar a determinadas tribus con los hombres primitivos (de los cuales se habían encontrado ya diversos restos fósiles), no sólo en cuanto a los caracteres antropológicos, sino en relación con el grado o nivel de desarrollo, sin advertir –voluntaria o involuntariamente– que las diferencias en esos sentidos eran demasiado abismales como para ponerlas en la misma redoma.

²² Calcagno, *Opus cit.*, p. 111.

²³ *Ibidem*, p. 112.

El falso Stanley representa aquí, como en otros aspectos, la posición extrema. Él expresa – dentro de su teoría discriminatoria de que hay negros más próximos al mono que al hombre y, por ello, no hay que buscar en otra parte al antropopiteco– el hecho que exista grandes similitudes entre los negros y los hombres primitivos. Así, en algunas tribus como la de los australianos se ha creído ver –dice–, el equivalente a los cráneos de Neandertal y Dorrebí. Este criterio, que no era original de tal personaje, sino compartido por muchos antropólogos del siglo XIX, si bien incorrecto y racista, se agrava aún más, al afirmar que la ciencia considera a los aborígenes australianos como homínidos y no simios, "para vergüenza de aquellos y honor de éstos, pero es otro de los grupos que nos legó la edad neolítica, como dejó ciertos cefalópodos y trilobites que sólo sirvieron de tránsito y, adaptados a sus elementos, no pudieron salir de la infelicidad"²⁴. O cuando más adelante, este mismo personaje expresa que hay escasez de fósiles humanos, pero los cráneos africanos primitivos son menos bestiales que los cráneos y mandíbulas botecudas y australianas, en caso de poderlas hallar fosilizadas. Además de los cráneos, existen para él, como para muchos antropólogos de la época, otras peculiaridades que asemejan a las razas prehistóricas y hombres del paleolítico con los australianos y hotentotes de hoy, como la nariz platririna y el prognatismo. Sin querer percatarse que son mucho más relevantes en aquéllos que en éstos y que no todos sus representantes lo poseen.

Pero las concepciones racistas del falso Stanley –extendidas no sólo a los habitantes de África y Oceanía, sino a otras regiones como los naturales de Kamtchatka y aun los esquimales²⁵– se tornan más retrógradas al establecer similitudes entre los monos antropomorfos y las tribus aún existentes (a las que llama antropomorfos bípedos), tanto, en relación con aspectos antropológicos y fisiológicos, como culturales. Para reforzar sus criterios, cita diversos autores que creían en ellas. Así, por ejemplo, algunos grupos humanos (australianos, guanches o antiguos canarios, neocaledonios) poseían el pie prensil al igual que los monos –esta cualidad se perdió, según Büchner a fuerza del uso del calzado y de emplearse en otras actividades–; la presencia de cola en algunas tribus neerlandesas y de los dajacks de Borneo –"casos reales de atavismo"–; el vello corporal, frecuente en hombres de Nueva Caledonia y en Sumatra donde hay algunos "más velludos que monos", mientras otros, como los aborígenes orang-kabu, tenían un talento inferior al del orangután y recuerdan, por su vientre y forma, los monstruos semihumanos –cincelados en cuernos– por los hombres prehistóricos; el largo de los brazos mayor en los

²⁴ *Ibidem*, p. 115.

²⁵ *Ibidem*, p. 116.

negros que en el hombre (o sea el blanco) y piernas semejantes a las de los gibones; el hueso fémur redondo, carácter símiesco hallado en la venus hotentote y en cadáveres de negros; cavidad estrecha entre los huesos ilíacos y el sacro en los hotentotes como en los monos, y otras.

Asimismo, en cuanto a determinadas funciones y patologías, el falso Stanley encuentra – siempre apoyándose en otras personalidades como Boudin, Schoemering– "semejanzas entre los negros y demás seres inferiores y el hombre", afirmando, por ejemplo, que a los negros no les da fiebre amarilla; tienen el parto fácil y sin dolor como los animales; carecen de órganos nasales como los monos, por eso ningún mal olor les estorba, y en general con respecto al estómago y resto del aparato digestivo, el color de la sangre y otros caracteres, "se hermana más con el mono que con el hombre"²⁶. Consideraciones todas erradas y racistas, como es fácil de apreciar, pero bastante habituales en la literatura científica de entonces, y que en la Sociedad Antropológica cubana había reproducido incluso Montané en 1878 al comentar los trabajos de aquellos antropólogos franceses.

En el caso del bipedalismo y de la aparición de la palabra, el falso Stanley halla ocasión para manifestar sus ideas discriminatorias. La posición bípeda es para él cuestión de hábito, efecto del tiempo, la práctica y la necesidad. Así, el mono no es bípedo, por no necesitarlo, ya que vive en los bosques, pero si lo dejasen sus pies y espina dorsal se modificarían, adquiriendo la curvatura lumbar, pues al por carecer de ésta, la cabeza no quedaría bien equilibrada y la obligaría a inclinarse más, como ocurre en la tribu de los akkas. "Y la marcha bípeda traída por hábito y tiempo, le daría músculos gastronemios, calcáneo, franqueza de manos, rectitud del hueso occipital; le daría la risa, el llanto, la inteligencia; porque muchas de las cualidades anatómicas a que se atribuye la marcha vertical, fueron, al contrario, efectos de ella. No detallaré los pasos lentos por donde el tiempo y el hábito *bipedaron* al ser antehumano; pero siempre los negros y demás monos grandes representarán en la locomoción un tránsito en que se ve la propensión de la naturaleza a verticalizarse, propensión que se inicia en el mono, cuadrúpedo, se marca más en el negro y se remata en el hombre "único a quien la Providencia concedió mirar al cielo", como dijo Plinio. ¿Lo creeréis todavía hombres porque bípedos?"²⁷.

La palabra también era resultado del hábito y la necesidad, y debió mucho a la marcha bípeda y a la propia palabra: "hablamos porque pensamos, pero también pensamos porque

²⁶ Sobre estas cuestiones véanse las acertadas opiniones de Ortiz, Fernando, *El engaño de las razas*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975. 1ª edic. 1946.

²⁷ Calcagno,, *Opus cit.*, p. 121.

hablamos", dice Calcagno por boca de Stanley. Dicha palabra, añade, fue "el resultado mecánico de la conformación más perfecta de la laringe y tal vez del desarrollo de los lóbulos frontales, como quieren Gall y Spurzheim", lo cual demostró Broca en sus observaciones de dos hemipléjicos.

En este caso, el falso Stanley no sólo se apoya en la anatomía y la frenología –esta última, por cierto ya desacreditada en esa época–, sino que recurre, además, a Dios como impulsor o fuente primaria, al decir que "dio al hombre la palabra, pero no las palabras, éstas se fueron formando poco a poco con las edades, según se fueron necesitando, y siempre con imitación de los sonidos que daba la naturaleza"²⁸; así, intenta conciliar, una vez más, sus opiniones religiosas con esta absurda teoría evolucionista, más grotesca aún, pues se utilizan para apoyar los criterios racistas que expone después, al asegurar que en los tipos humanos más atrasados se observa a veces un lenguaje inferior al de los animales. "Analizadas las cortas sílabas que articulan el gorila, el gibón y sobre todo sus gritos expresivos de dolor, de ansiedad, de amor, de miedo, se ve que así como hay más distancia del hombre al negro que de éste al mono, así difieren más los idiomas de Cervantes y de Dante del australiano, que éste de las expresiones embrionarias y del antropoide"²⁹.

Finalmente, expresa que "no hay más que blancos y negros, hombres y hemiantropos" y que las clasificaciones establecidas por Camper, Linneo, Blumenbach, Saint Vincent, Desmoulins, Saint Hilaire y Huxley, apuntan hacia el género *Simpie*. Añadiendo a continuación con desprecio racista: "sobrados indicios hay para creer al mongólico el hombre de ayer; el etíope, el hombre de anteayer, y a nosotros, el hombre de hoy. Hagamos al negro el honor de colocarlo como primero de los antropomorfos. Hablo del africano, pues hay más distancia del negro africano al americano que de aquel a la bestia"³⁰. Para Stanley, el negro es "un escalón del transformismo y está en la etapa en que plugo a natura estacionarlo", es decir, el hombre primitivo en su perfeccionamiento para dar lugar a otra raza, "dejó escalones estacionarios de que son representantes los gorilas y los salvajes de hoy, que no dejan signo de su paso". Y concluye con el siguiente orden genealógico racista donde el negro ocupa, por supuesto, una posición intermedia entre el hemiantropo u hombre alalo (sin habla) y el hombre cuaternario.

–.El hemipiteco o cuasimono

–.El piteco

²⁸ *Ibidem*, p. 122.

²⁹ *Ibidem*, p. 123.

³⁰ *Ibidem*, p. 124.

- .El hemiantropo u Homo alalo
- .El negro o mono semiparlante
- .(Aquí el eslabón faltante)
- .El hombre cuaternario u *Homo sapiens* de Linneo

Las ideas antropológicas de Don Sinónimo y de Calcagno

Resulta evidente que las ideas antropológicas de Calcagno se acercan más a las de Don Sinónimo –que no en balde es el personaje cubano de la novela un tipo curioso, autor de una insólita memoria sobre una futura humanidad de individuos alados que han adquirido esas y otras estructuras por el uso lamartckiano, y perdido otras atávicas, por el desuso– y se alejan de las posiciones extremas representadas por el falso Stanley, quien es criticado de forma irónica por los participantes de la expedición, aunque, como ya hemos dicho, presenten algunos puntos de contacto. Ya desde sus primeras palabras, Calcagno se identifica con Don Sinónimo y coincide luego con él –cuando diserta por su cuenta– en diversos aspectos como la posibilidad de los mundos habitados, la aceptación, como todos los personajes científicos de la novela, de la teoría transformista (lamarckismo, darwinismo y haeckelismo), desencadenada en sus inicios por Dios, y otros.

Para Calcagno el salvaje que vive inmerso en su barbarie, pero rodeado de una naturaleza pródiga, su perfeccionamiento es más lento, pues no tiene que luchar por la vida ni aquélla le invita a crear nada y, por tanto, no da un paso hacia el progreso. Estas ideas discriminatorias, típicas del siglo XVIII, a las que se adaptó la teoría transformista fue muy utilizada durante el siglo decimonónico. A los hotentotes, según Calcagno, Inglaterra los ha hecho retroceder hacia el interior; no han logrado dar un paso de civilización "y se enferman y mueren si se les quita sus selvas y su barbarie". Y cita a Kolden para quien esas tribus conforman el "pueblo más sucio del mundo", a ello Calcagno añade: "podría decir los animales más sucios y aún temiéramos ofender a cualquier especie, ejemplo el puerco comparándolos"³¹. O en otros casos compara burlescamente al hotentote con el gorila o el chimpancé.

Es precisamente por boca de Don Sinónimo que Calcagno refleja las dudas y dificultades confrontadas, debido a la escasez de fósiles de homínidos encontrados hasta ese entonces, de los cuales varios de ellos son mencionados con sus nombres científicos, así como

³¹ *Ibidem*, p.286.

dónde, cuándo y por quién fueron hallados, e incluso el período geológico a que corresponden. Así, de éstos, un buen número pertenecen a especies perfectamente definidas³² que no revelan caracteres de tránsito, ni parecen constituir el probable antecesor del *Homo non sapiens*, predecesor del hombre prehistórico de la época anteneolítica. Todos estos fósiles humanos eran –dice– cuaternarios, aunque el "prognatismo bestial de los cráneos de Canstad, de Brux, de Denise, de Engis, antes que al hombre, recuerdan al bosquimán o al australiano, y todos parecen ser de razas muy inferiores, pero ah, todos son humanos, implacablemente humanos"³³.

Dejando a un lado la connotación racista, no deja de tener razón en cuanto a los caracteres "modernos" de los fósiles en cuestión, pero lo que no se comprendía por ciertos autores era que los hallados hasta ese momento constituyeran, en su gran mayoría, formas muy avanzadas en la evolución del hombre, correspondientes hoy a *Homo erectus* (pitecantropos), hombres del paleolítico medio (neandertales) y del paleolítico superior (cromagnones). Entre los restos fósiles que cita, además de los ya mencionados, se cuentan los de Equisehin, Moulin Quignon, de Olmo (Italia), Saint Prest, Chartres, Abbeville y otros.

Sin embargo, Calcagno no menciona otros hallazgos importantes, ya efectuados como eran, en el caso de los neandertales, el cráneo femenino encontrado en el Peñón de Gibraltar en 1848; una calota y huesos largos del esqueleto de Dusseldorf, Alemania, en 1856; dos calotas y huesos largos en Spy, Bélgica, en 1864. Del hombre del paleolítico superior se habían encontrado en ese mismo año, en la cueva de la Madeleine, en Francia, restos de homínidos, instrumentos y objetos colocados junto al cadáver. Cuatro años más tarde, se descubre el de Cromagnon, sin duda el más conocido, en la cueva cercana a la villa de Les Eyzies, Francia, representado por cráneos, vértebras, ilíaco, sacro y otros huesos. Incluso en 1888, fecha de la publicación de la novela de Calcagno, en Chancellade, Francia, se hallaron cráneos y restos postcraneales de estos hombres primitivos. Formas más atrasadas, como las de *Homo erectus* (*Pitecanthropus erectus*), a quien se consideró por mucho tiempo antecesor del hombre actual –o sea, el ansiado eslabón–, no serían descubiertas hasta 1891 y 1892, cuando Dubois halló en Java una calota y un fémur. Tampoco se habían localizado otros homínidos más primitivos, como los australopitecos.

³² Entre los fósiles que menciona se hallan *Dryopithecus fontani*, *Pliopithecus antiquus*, *Semnopithecus submalayanus*, *Propithecus* (del Brasil), *Eopithecus*, *Cenopithecus lemurides* y *Paleolemur* (según clasificación de la época).

³³ Calcagno, *Opus cit.*, p. 184.

El primero de ellos, el niño de Taung, sería descubierto por Dart en 1924; hallándose otro en Sterfontein en 1936, y a partir de entonces, otros muchos. Asimismo, en la época de Calcagno no se había encontrado aún el ramapiteco, hoy excluido de la línea evolutiva del hombre por considerársele probable antecesor del orangután, ni *Homo habilis*, otro hallazgo –esta vez de la segunda mitad del siglo xx– que contribuyó a llenar un vacío en la línea de la evolución, y a quien muchos autores atribuyen la fabricación, por vez primera, de instrumentos (de ahí su nombre). No obstante, en esta época se conocía el fósil *Dryopithecus fontani* –el propio Calcagno lo menciona como "más parecido al hombre por sus caracteres osteológicos"– descubierto por Saint-Gaudans en 1837, que luego consideraron algunos científicos como la encrucijada entre los monos antropomorfos y los homínidos, entre otras cosas por el tamaño de los caninos y molares, más semejantes a los humanos, pero entonces, muchos antropólogos sólo lo estimaron un mono fósil. Hoy se le ha excluido de la línea humana.

Don Sinónimo es monogenista –como lo era Calcagno– y cree que no hay razón en los poligenistas al suponer que el hombre procede de varias "formas símicas", pues entonces habría más distancia entre los homínidos que la existente entre el gibón y el orangután y de éste al chimpancé, "y no se cruzarían las razas humanas sino para producir seres híbridos". Se precisa aclarar que el monogenismo más frecuente en esa época es el religioso, que concebía el origen del hombre a partir de la primera pareja bíblica, de cuyos hijos derivaban las razas humanas. Criterio que por sus concepciones religiosas debía compartir Calcagno, así como el naturalista Felipe Poey (al menos durante la mayor parte de su vida), con cuya hermana estaba casado Calcagno. Nada tiene que ver con el monogenismo que se desarrollaría sobre todo en el siglo xx, a partir de un grupo de homínidos localizados en determinada región de África o de Asia. Tampoco puede confundirse el poligenismo decimonónico con el del xx que concebía el origen de las poblaciones humanas, en estadios tempranos de la evolución (pitecántropos, neandertales) geográficamente aislados, defendido entre otros por el antropólogo ruso Alexeev³⁴. Tanto entre los monogenistas como entre los poligenistas hubo representantes que mostraron extremo racismo y apoyaron la esclavitud y el colonialismo. Pero en el novecientos cubano, los más recalcitrantes defensores de estos sistemas de explotación fueron en su

³⁴ Comas diferencia el poligenismo moderno del XIX, llamándolo "hologenesis" y "hologenismo", que planteaba el origen de la vida y del hombre en muchas partes de la Tierra, y de los que fueron defensores Daniele Rosa. George Montandon y otros. Cf. Comas, Juan, *Manual de antropología física*, México, Universidad Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1976, pp. 99-100.

mayoría poligenistas que acudieron al origen diverso de las razas humanas, a partir de grupos primitivos –y hasta de simios-- diferentes, con el propósito de justificar la existencia de razas superiores e inferiores y, por tanto, era la excusa para esclavizar y explotar a éstas, o invadir sus territorios. Esta última hipótesis conllevaba al errado criterio de que se producían híbridos entre las razas humanas, incapaces de reproducirse más allá de la tercera o cuarta generación, y como las ideas anteriores, eran utilizadas también con objetivos políticos y económicos bien definidos por la burguesía blanca y la clase en el poder; aún cuando la propia ciencia decimonónica –con darwin a la cabeza–ya le negaba validez a tales concepciones.

Desde los trabajos realizados por Lyell y otros geólogos, se había llegado a la conclusión que la antigüedad del hombre, o sea de su aparición en la Tierra, debía remontarse a muchos millones de años atrás, por eso para Don Sinónimo la evolución que trajo como consecuencia dicha aparición –a partir de una rama distinta a la de los monos actuales– requirió, no seis mil años como afirma Moisés³⁵, sino millones, pero supone como el falso Stanley, un principio creador religioso, e incluso la posibilidad de los cataclismos, del diluvio y aun de la existencia de la Atlántida, oponiéndose así –dice– a la creencia de Cuvier, Darwin y Wallace para quienes los continentes siempre fueron lo que son (¿geográficamente?).

Se equivocaba Don Sinónimo al considerar que de todos los elementos o factores, que señalaba Darwin para la evolución de las especies, como la selección natural, variación del clima, cambio de elementos y alimentos, cruzamientos anómalos, e incluso la persistencia del más apto como la llamara Spencer, sólo existiera para el antropopiteco la selección natural, es decir, "su afán de mejorar, rechazando lo inútil y conservando lo mejor"; pues hoy muchos antropólogos estiman éstos y otros factores o procesos como la macro y microevolución, el papel de la herencia, y otros de tipo social, actuantes en el proceso evolutivo, que condujo hasta el hombre desde formas inferiores. Estos factores sociales complementarían la explicación sobre el desarrollo del intelecto que, de hecho, excluiría la concepción de Don Sinónimo –si bien él era consciente de esa función a otros niveles del desarrollo humano– al concebir al antropopiteco como un eslabón perdido, a causa de las lentas modificaciones del intelecto y de sus características físicas. Será acertada sin

³⁵ Esta errada idea, que se arrastra hasta nuestros días, parte posiblemente de una afirmación de la Biblia donde se dice que para Dios un día es como mil años, de modo que la creación en seis días, se interpreta como seis mil años; pero en hebreo la palabra día también indica un período extenso, y por tanto no puede tomarse como cierta la afirmación de que tanto la Tierra como la humanidad se remontan a esa cantidad de años.

embargo, su opinión –expuesta como tesis en el libro– de que en la [su] actualidad no es sólo el hombre el único que carece de abuelos paleontológicos, sino también muchos animales. Poco a poco, sin embargo, han ido apareciendo éstos (Don Sinónimo, o sea, Calcagno señala algunos ejemplos), tal como le sucederá al hombre, a medida que se llenen los hiatos que existen en su línea evolutiva. Cuestión que sólo depende del desarrollo de la paleontología y de los nuevos descubrimientos.

Un problema fundamental que creaba dificultad para entender la evolución, además de la escasez de formas intermedias entre las especies vivientes y las ya desaparecidas y la admisión del grado de "perfectibilidad" –confundido con el de complejidad–, eran los criterios de cómo ocurría aquélla. Durante la mayor parte del siglo XIX se pensaba en una evolución lineal de las especies, lo cual entorpecía la comprensión de ese proceso. Más tarde, y en ese mismo siglo, se asimiló la idea de una forma "ramificada" o divergente pero la concepción de la evolución a nivel poblacional es hija del siglo XX.

Aunque Don Sinónimo estima que en el caso del hombre siempre actuará la selección natural, e incluso admite, con la dirección divina, cuyo plan de perfección es tan amplio como para que seres humanos se encuentren en diferentes planetas con distintos grados de desarrollo, la perfectibilidad de las razas humanas dependerá más de los factores sociales. Y es en este aspecto donde se observan mejor algunos criterios racistas de este personaje que, según ya se dijo, no son tan extremos como los del falso Stanley, aunque coincidan a veces en determinados puntos. Así, por ejemplo, cuando considera que los monos están más adelantados que algunas tribus (las chozas de los aborígenes de Borneo tienen una construcción inferior a la de los monos de África). Igualmente sucede con las características físicas de los aborígenes en relación con las de los hombres primitivos (el cráneo del antropopiteco cuando se halle, será menos prognato que el del australiano) y en comparaciones humillantes con los animales (los hotentotes cloquean como el orangután y el pavo) entre otras. Si bien Don Sinónimo no coincide con el falso Stanley que el hotentote pudiera ser el eslabón intermedio entre el mono y el hombre blanco, sí considera que los negros se acercan más a los monos antropomorfos y califica a aquéllos como "cuasihombres" que irán desapareciendo junto con éstos si no se adaptan a la civilización: “¿No han de serlo el día que se vayan los antropomorfos?; porque de irse tendrán, si no se asimilan y sirven de algo. ¿Y qué será cuando se vayan empujados por la selección los africanos y demás negros que hoy se acercan más que nosotros? [...] hotentotes, gorilas,

bosquimanos y demás cuasihombres, irán retrocediendo a medida que avance el progreso y se perderán tan pronto como crucen sus selváticos retiros”³⁶.

La desaparición de estas tribus, según Calcagno, no se llevará a cabo por selección natural, sino por el egoísmo social, la ambición y la lucha de razas. Luego de la raza negra le tocará a la mongoloide: así desaparecerán kirguises, salmoyedas, ostracos, esquimales, beduinos, tártaros y chinos. Esto constituirá un "paso geológico" cuando la humanidad se limpie de estas "razas abyectas", alejándose de la bestia humana de Tayne para acercarse al arcántropo de Haeckel.

Sobre estas teorías pueden recordarse los debates en la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba, como un reflejo de las concepciones de la antropología positivista decimonónica en relación con estas cuestiones, creyendo que el contacto de las llamadas razas superiores e inferiores suponía la extinción de éstas, ya por la selección natural, el mestizaje y otros factores, como el egoísmo social³⁷, mencionado por Calcagno. Pero todos asumen que es la raza blanca o caucásica la que habrá de predominar, Calcagno-Don Sinónimo cree, no obstante, que aunque domine aquélla, siempre habrá "razas inferiores" y un núcleo más fuerte y perfeccionado que las devore, con su vitalidad y expansión. Piensa que ese núcleo puede ser el tipo sajón. Este, no sólo reunirá esas cualidades, sino que poseerá un cerebro mejor organizado y responderá a su época marchando en su proceso de perfeccionamiento hasta "el arcancéfalo de Owen, o hasta una nueva casta con relación a la cual seremos los hombres de hoy lo que es hoy el mono respecto al hombre". Con lo cual muestra Calcagno su simpatía por el pueblo norteamericano, como dejará consignado también al final de su novela.

El racismo no sólo se da en estas comparaciones, sino en la noción fatalista de la influencia del medio sobre el desarrollo intelectual y cultural de ciertos pueblos sobre otros. Por ello, Don Sinónimo admite que el hombre está en armonía con el medio que le produce y sustenta. Así, África con sus rocas de basalto "no alcanza a engendrar sino los degradados seres que la habitan: chimpancés y hotentotes; las condiciones primitivas del interior no dan como eximia producción sino gorilas y mayenmas; a Australia con sus rocas eruptivas toca una población rudimentaria que corresponde a la edad paleolítica. Laponia es la peor de Europa en terreno..., y en cerebro Francia y Alemania de las más favorecidas en uno y otro; Italia, añadiremos con Cantú, es donde mejor se da la planta homo y el cerebro

³⁶ Calcagno, *Opus cit.*, p. 194.

³⁷ Cf. Por ejemplo, Céspedes Benjamín, "El egoísmo y el altruismo en las sociedades primitivas", *El Eco de Cuba*, 1886, Año I, nº 2 y 3, pp. 108-126, así como Rivero de la Calle, *Opus cit.*, y de García González, *El estigma del color*, Habana, 1995 (inédito)

humano”³⁸. Estas concepciones no son privativas de este personaje, estaban en las obras de diversas figuras reconocidas, como Lapouge, Letourneau, Cook, Orgeas y otras. Hasta qué punto compartía Calcagno estas ideas, es difícil de determinar sólo por la novela, y ni siquiera acudiendo a otras obras suyas, o a su participación en la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba, por desgracia muy escasa.

Calcagno y la Sociedad Antropológica de Cuba

Como se dijo al inicio de este estudio, Calcagno se hallaba entre los miembros de la aludida Sociedad desde que la misma comenzó a sesionar. Sin embargo, las discusiones suscitadas en dicha institución no contaron con la participación activa del cubano hasta 1888, año en que precisamente publicó su novela. Ello tal vez se debió a que Calcagno no era un hombre dedicado, a los problemas de la antropología. Los conocimientos, más bien teóricos que adquirió fueron a través de sus muchas lecturas y, por supuesto, de su presencia en las sesiones de la Sociedad, lugar donde se debatieron algunos de los asuntos que se reflejan en la novela. Después de su publicación, quizás se creyó en el deber de traer a colación, en medio de tales debates, aspectos que ya había tocado en su libro.

Entre los variados aspectos abordados en la Sociedad –transformismo, cruzamientos de razas, reversión y atavismo y diversas temáticas relacionadas con la etnología, etnografía, arqueología y sociología– el problema de la evolución y antigüedad del hombre ocupó un lugar significativo dentro de las preocupaciones de los médicos, biólogos y antropólogos de la época, no ya desde el comienzo de la mencionada Sociedad, sino desde algunos años antes, cuando salen a relucir en la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana los nombres de Lamarck, Darwin, Haeckel, Huxley, Spencer y otras autoridades de las ciencias naturales del siglo XIX. Sin embargo, es en la década del ochenta cuando adquieren mayor auge las discusiones transformistas en aquella institución. Se traen a colación, entonces, las controversias de mono y poligenismo, los estudios de razas y atavismo y los descubrimientos paleontológicos y arqueológicos, derivando a veces hacia la antropología criminal y, en general, hacia determinados análisis sociológicos. La década del ochenta coincide también con la introducción del darwinismo de forma oficial en la enseñanza de la Universidad de La Habana por Carlos de la Torre, Felipe Poey y otros naturalistas.

³⁸ *Ibidem*, p. 189.

No se abundará en los detalles antropológicos y el racismo tratados en la Sociedad, por haberlo hecho ya en los trabajos citados. Sí señalaré que en 1888, cuando Calcagno presenta su primera disertación en esta corporación, lo hace con un tema transformista: "Algunas consideraciones sobre la estación bípeda del hombre". La primera parte de este trabajo la leyó en la sesión pública ordinaria del 29 de mayo³⁹. En el acta de ese día se recoge un resumen, que es todo cuanto conocemos del artículo de Calcagno, donde se expresa que éste se motivó para presentar su trabajo con las observaciones realizadas por él en las calles de La Habana, sin decir cuáles fueron aquéllas. Luego de ocuparse de la "máquina animal", entra en "el estudio de la influencia de la posición vertical en el hombre, en el desarrollo y evolución de sus facultades intelectuales", manifestándose de forma absoluta –dice el acta– hasta llegar a creer terminantemente que "la existencia de la inteligencia depende de un modo más directo de la posición bípeda". Para apoyar sus consideraciones se basa en datos suministrados por la anatomía y fisiología humanas comparadas.

En la discusión que se generó posteriormente, intervinieron los doctores José I. Torralbas, Enrique López y Arístides Mestre. El primero discrepó con Calcagno en cuanto a la interpretación que éste daba, al vuelo de las auras y al pie de los malayos, cuyo calcáneo más distante y separado, les servía para subir a los árboles. El segundo no estuvo conforme con la dicción que empleaba, respecto de los llamados cuervos cubanos. Y el tercero, Mestre, desaprobó el trabajo, tanto en su forma como en su fondo, pues a ese criterio absoluto del desarrollo de la inteligencia humana, propio de la vieja psicología, se oponía, por considerarlo erróneo, la "evolución psicológica" (y a la cual se adscribía Mestre y Enrique José Varona, entre otros miembros de la Sociedad). Para Mestre, los estudios de Chudzinski demuestran, "anatómica y morfológicamente", la transición de las manos al transformarse en pies. Y añade que entre los australianos existen hombres que tienen el dedo pulgar de los pies oponible a los otros, tal y como sucede en la mano, insistiendo en la "alta significación que tiene este hecho comprobado por el darwinismo". La misma opinión compartieron López y Torralbas.

Por su lado, Calcagno prometió una segunda parte donde ampliaría las ideas de su trabajo y respondería las argumentaciones hechas por sus colegas. En el acta del 3 de agosto de ese año, el secretario de la institución, Mestre, leyó un oficio de aquél en que se disculpaba al no poder presentar "por ahora" esa segunda parte, por hallarse enfermo en Saratoga. No

³⁹ Rivero de la Calle, *Opus cit.*, pp. 203-204.

sabemos si algún día llegó a cumplir su promesa, pues las actas de la Sociedad, desgraciadamente están incompletas. Suponemos, sin embargo, que las ideas de Calcagno por ese entonces acerca del bipedalismo intelectual del hombre, sean las mismas que puso en boca del falso Stanley –racismo aparte– en la cita mencionada anteriormente.

Sabemos por referencias indirectas⁴⁰, que Calcagno propuso por 1890 se estudiase en la Sociedad Antropológica a los cretinos, como Montalvo proponía el de los criminales (fue él el introductor de las ideas de Lombroso en 1876 en el Ateneo de la Habana), y Montané el de los microcéfalos, pues ha de recordarse que estos temas eran afines con las concepciones de que representaban casos atávicos en la evolución del hombre.

También, y como colofón a su participación en la Sociedad, Calcagno volvería a ocuparse de la evolución, en la sesión pública ordinaria del 1 de mayo de 1891, con un trabajo que tituló: "Una pregunta", y que, al parecer, tampoco se publicó. Esta intervención suya –por desgracia demasiado escueta– parece negar una de las cinco tesis finales de su novela, donde manifestaba que "los africanos pertenecen a la especie humana y el eslabón si algún día se halla aparecerá entre estos y los antropomorfos actuales". En aquel discurso de la Sociedad expone que las exploraciones de Stanley –el verdadero– en busca de los orígenes del Nilo "habían dado solución a uno de los más grandes problemas científicos, el hallazgo del eslabón entre el mono y el hombre, representado para aquel socio [Calcagno] en la degenerada tribu de los Akkas"⁴¹. El análisis minucioso que hace de los caracteres físicos, morales y sociales de esos hombres hallados por Stanley, son pruebas para el cubano de sus apreciaciones; por todo ello formula a la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba la siguiente interrogante: "si en el estado actual de la ciencia y en vista de las últimas conquistas realizadas, se puede aceptar el origen darwiniano del hombre".

La intervención de los doctores José R. Montalvo y Carlos de la Torre son unánimes al considerar, de forma acertada, que "la tribu de los Akkas no puede científicamente tomarse como el eslabón entre el hombre y el mono", ya que, a esa aceptación se oponen los hechos suministrados por la antropología, la lingüística, la geología, la paleontología y la historia natural.

Calcagno, finalmente, prometió contestar por escrito en otra sesión a las observaciones señaladas a su conferencia, para contribuir con sus fuerzas a dar elementos con qué activar la vida de la Sociedad Antropológica. Desafortunadamente, ésta es la última acta que se

⁴⁰ Cf. Acta de la sesión del 7 de octubre de 1889 de la Sociedad Antropológica, en . *Revista de Ciencias Médicas*, La Habana, 1889-1890, pp. 237-239.

⁴¹ *Ibidem*, pp. 220-222.

conserva de dicha sociedad, pues por esa fecha dejó de sesionar, condenada por la crisis política, económica y social del país, donde ya se gestaba la guerra libertadora del noventa y cinco. Por causa de esa guerra precisamente, Calcagno decidió emigrar a Barcelona donde falleció el 22 de marzo de 1903.

Ignoramos si Calcagno leyó el artículo publicado en La Habana sobre los akkas en el *Boletín de Colonización* (1874), en el cual se hacía referencia a esta "nueva raza", descubierta en África por el botánico ruso Schweinfurth, donde se negaba que tuviesen prognatismo, boca sin labios y columna en forma de C, como los monos, tal y como pretendía su descubridor, sino que –según Broca– tenían curvatura de la columna en forma de S como en las demás razas, los labios marcados y mucho más gruesos que los de los blancos y algo parecidos a los de los negros, su boca no recordaba la de los simios, ni eran tan prognatos e incluso algunas "razas negras" carecían totalmente de prognatismo; en una palabra que era imposible ver en los akkas el eslabón intermedio entre el hombre y el mono, que esperaban todavía descubrir algunos seguidores del transformismo⁴².

De todas formas, el asunto del descubrimiento de los akkas –valorado incidentalmente en la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba en 1878, en relación con el tamaño de estos grupos humanos⁴³, descritos por Schweinfurth, de manera un tanto contradictoria–, había motivado cierto revuelo científico. Esto es posible constatarlo, por ejemplo, en el acuerdo tomado por la Sociedad Antropológica Española, en la sesión del día 23 de octubre de 1874, donde una comisión formada por Manuel López Lasa y Ángel Rodríguez Rubí y Pacheco informaron sobre el particular. En este informe los aludidos recogían y analizaban no sólo las descripciones realizadas por Schweinfurth, sino las posteriores, efectuadas por Colucci Pacha, Owen, Mantegaza y Zannetti, que si bien señalaban, sobre todo el primero, algunas características erradas, como la de que los akkas tenían la columna en forma de C y los labios semejantes en su configuración a los de los monos antropomorfos, los estimaban pertenecientes a la especie humana y a la raza negra.

Existían, sin embargo, autores que pretendían –como afirmaba Broca– que “esta raza databa de la época terciaria o cuaternaria, que era la intermedia entre el hombre y el mono; que representaba una de las etapas de la evolución primitiva de la humanidad; que uno de

⁴²

“Degeneración de la raza”, *Boletín de Colonización* Habana, 1874, N° 21, pp. 1-2 (15 de noviembre)

⁴³ Acta de la sesión pública ordinaria del 2 de enero de 1878. *Actas de la Sociedad...*, *op. cit.*, pp. 35-40. En esta sesión, a la que faltó Calcagno, Montané aclaró, refiriéndose a un caso de enanismo, presentado por el doctor Pla, que los dos pigmeos de la tribu de los akkas, aparecidos en Europa en 1873, no eran las "razas humanas más pequeñas".

sus ramos perfeccionándose había producido los verdaderos negros, y que a medida que estas razas nuevas más fuertes se habían apoderado del suelo, la madre vencida en la concurrencia vital, se había extinguido poco a poco, sin dejar en pos de sí otros testigos de su existencia que las pequeñas tribus de los akkas"⁴⁴. El propio Broca, incluso, opinaba que era preciso antes de abordar el problema de su origen, analizar y clasificar su lengua, recoger sus tradiciones, su distribución geográfica y sobre todo, determinar con exactitud sus caracteres.

De todo ello se infiere el porqué Calcagno pudo creer en la posibilidad de que fueran una tribu intermedia entre el hombre y el mono. ¿Conocía acaso este trabajo de López Lasa y Rodríguez Rabí? No lo sabemos. Para estos antropólogos, los akkas pertenecían a la "rama cafre", congéneres con los bosquimanos; en tanto que los individuos investigados no eran pigmeos, como otros autores estimaban, sino individuos jóvenes, afectados de raquitismo. Ahora bien, ¿por qué este retroceso en las concepciones científicas de Calcagno?, se preguntaría uno de inmediato. Y al momento le asaltarían otras dudas: ¿es que nunca creyó en la evolución del hombre y su novela es, de punta a cabo, una burla a los conocimientos científicos de su época? ¿Sería posible pensar que sólo unos años después de escrita reconociese que al fin y al cabo el personaje de su obra, el falso Stanley, tuviera razón en este aspecto del eslabón, a pesar de la oposición de Don Sinónimo? ¿O es que cuando este último concluye que, en efecto, se hallará el eslabón entre los africanos y los monos antropomorfos actuales, quiere decir –al colocarlos en ese orden– que aquéllos se hallan para él en realidad debajo de éstos? Muchos son los cuestionamientos en ese sentido que no podemos responder por ahora. Calcagno comparte la confusión científica, así como algunas de las ideas racistas de su tiempo. Nos hubiera gustado poseer más datos para juzgar con acierto hasta qué punto eran erróneos o acertados sus conocimientos y qué posición ocupaba dentro del racismo imperante en las ciencias decimonónicas: a saber, extrema, intermedia, o cercana a la progresista, pues a nuestro entender existían esas tres variantes más o menos definidas en las obras de los científicos de la época.

Calcagno, antiesclavista

⁴⁴ *Revista de la Sociedad Antropológica Española*, Madrid, 1874, p. 519.

Como casi siempre sucede en estas cuestiones, la realidad es siempre más compleja. En el caso de Calcagno se hace también evidente, pues no sólo condenó la esclavitud en algunas de sus obras entre ellas *Los crímenes de Concha* y *Poetas de Color*, sino también defendió la raza negra y sus valores espirituales. De él opinaría otro de los miembros de la Sociedad Antropológica cubana, Enrique José Varona "La suerte del negro le ha conmovido desde temprano, y este sentimiento generoso anima en muchos pasajes su pluma"⁴⁵. Sus criterios contra la esclavitud no se limitaron, como bien dice uno de sus biógrafos⁴⁶, a la palabra, sino a los hechos, pues cuando recibió esclavos como herencia por la muerte de su padre, les liberó de inmediato –tal como hizo Don Sinónimo con su esclavo Procopio–, y además, con el producto obtenido de *Poetas de Color* (donde incluyó poesías de Plácido, Manzano y los suyos propios, bajo el seudónimo de Narciso Blanco) compró la libertad del poeta esclavo José del Carmen Díaz, de Güines.

Sus ideas antiesclavistas se reflejan también en su novela *En busca del eslabón*. Por ejemplo, cuando el falso Stanley, refiriéndose a las tribus africanas, expresa su retrógrada teoría de que son más salvajes que los monos, están en tránsito entre éstos y el hombre, y que si forman parte de la especie humana él no quisiera pertenecer a ella, Calcagno no puede menos que añadir: "En esos momentos creían que Stanley chanceaba. ¿Cómo con tales ideas había sido siempre bueno, generoso, abierto y compasivo? ¿Cómo se había portado hombre tan de honor con seres a quienes cree bestias?". A lo que sigue la protesta de Doña Lucy, otro de los personajes de la novela: "Por ese camino, vendréis a parar en legalizar la esclavitud: el blanco, esto es, el hombre tendrá derecho natural a esclavizar al negro, como avasalla al toro y al caballo". Todo lo cual concluye con la respuesta del falso Stanley donde se nos sugiere que podían concordar ideas antiesclavistas con el racismo más virulento: "Jamás, el negro no es aún el hombre, pero tampoco es ya el mono; y nada nos da derecho a ser amos ni menos a maltratarlos, que el maltrato no está justificado ni cuando oprime a bueyes y caballos. Y nacer esclavos. ¿Qué sofisma puede excusar el crimen de preparar cadenas para el inocente? La esclavitud del negro siempre será mancha negra en la conciencia del blanco"⁴⁷. Lo mismo se refleja en la paradójica frase de Lucy: "Que el salvaje la mereciera, no se opondría a que fuera un crimen". Que el falso Stanley

⁴⁵ Varona, Enrique José, "Notas sobre los crímenes de Concha", *Revista Cubana*, Habana, 1888, vol. 1, pp. 84-86.

⁴⁶ Méndez Díaz, P., "Juan Francisco Calcagno: en el cincuenta aniversario de su nacimiento", *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, La Habana, 1983, vol. 25, n° 1, pp. 181-210.

⁴⁷ Calcagno, *Opus cit.*, p. 112.

justifica con que la esclavitud se va de América "empujada por la luz de los blancos" y no por los salvajes que "dormían aún en las tinieblas". Todas las restantes objeciones, hechas a este personaje durante su disertación, son más bien preguntas para que pueda continuar su exposición. Sin embargo, más adelante, cuando se percatan de que no es el verdadero Stanley, el capitán Thunderbolt añade irónicamente: "Bah, acaso veamos a nuestro hombre al frente de alguna razzia" que, como se dice en la novela más de una vez, se llevaban a cabo entonces en diversas partes del mundo.

No sólo a través del falso Stanley, Calcagno critica la esclavitud, sino también cuando habla por sí mismo. Por ejemplo, al referirse a las plagas de avispas y alacranes, que existen en el Brasil, apunta que en esto este país nada tiene que envidiarle al África, pues "son la plaga mayor de la región después de la esclavitud". Asimismo, califica la trata como "padrón de ignominia" del siglo XIX. Al África había ido el hombre no desinteresadamente como al polo, sino a saciar su codicia y ambición. En este continente, cuya historia estaba "obligada a guardar en páginas de duelo los horrores de la trata", se practicaban razzias por feroces negreros. "Nadie, ni el mismo Livingstone, testigo ocular, ha podido describir tanta ferocidad: 'sería imposible—dice—, pintar nada tan triste como la realidad, y creo imposible exagerar las enormidades que se cometen'. Tiene razón: de trescientos infelices, arrancados a sus hogares, apenas cien llegaban a Cazonde, a Benguela o San Pablo de Loanda, centros de la colonia portuguesa, y hace poco los más ricos *lakonies* o mercados; centros abastecedores por la guerra permanente de tribu a tribu, y por la caza humana organizada en aquel suelo maldito. Los *feroces*, que aún la practican sólo para Oriente, son facinerosos escapados de presidio, hez de la sociedad, más temibles que los mismos salvajes"⁴⁸. La no alusión a Cuba, en ese sentido, se comprende si se tiene en cuenta que para la fecha de la publicación de la novela, ya hacía dos años que se había abolido la esclavitud en la isla.

En el contexto histórico-social en que Calcagno desarrolla sus ideas, los criterios de raza pura, razas inferiores y superiores, en cuanto a caracteres antropológicos, psicológicos, y otros, se hallaban muy difundidos en la literatura científica y general, y, por tanto, en la mente de muchas personas como algo natural. Criterios procedentes de autores extranjeros y transmitidos a través de sus obras a los criollos, quienes inmediatamente las traducían o ponían en circulación dentro de los círculos intelectuales cubanos. Así, no es de extrañar que antropólogos de la talla de Montané y Mestre aludieran continuamente a las razas

⁴⁸ *Ibidem*, p. 143.

superiores e inferiores, y que el segundo, por ejemplo, mezcle, aceptando las opiniones de otros autores como Clavel, Orgeas y Lapouge, los caracteres biológicos, morales y psicológicos con el grado de civilización de algunos pueblos, a través de un "fatalismo geográfico" que los juzga como inferiores. Sirva de ejemplo esta cita de un trabajo inicial de Mestre (si bien luego superó estos criterios discriminatorios): "Y las formas del cráneo, distinguiendo también a las razas, están en relación con las facultades psíquicas de ellas: los mongoles y los chinos, de cráneo aplastado, tienen una ciencia falta de inspiración, los sentimientos están a la altura de los apetitos, el egoísmo domina en sus sociedades: en tanto, que las razas superiores, las cuales unen u armonizan el sentimiento con el pensamiento y la acción para alcanzar hermosos ideales, presentan el cráneo alargado de delante atrás"⁴⁹.

Igualmente, siguiendo las tesis colonialistas de los científicos referidos, Calcagno manifiesta que "las razas degeneran lo mismo que progresan, y su degeneración tiene entre sus causas a los cambios más o menos profundos que sufren sus funciones, como también por el contacto de las razas inferiores, retroceden las superiores"; así como que ciertas razas de algunos climas "no pueden desaparecer ni ante los europeos ni ante los mestizos: estos sí, por el contrario: pronto disminuirán si los europeos perdiesen la dominación política (Haití) y desaparecerán seguramente por el influjo combinado de la selección natural y la concurrencia vital, si no volviesen a recibir esfuerzos de sangre europea"⁵⁰.; donde se vincula la selección natural con la desaparición, no de los negros como afirmaba Don Sinónimo, sino de los mestizos.

Algunos otros estudiosos de la antropología cubana compartían juicios semejantes que expusieron en esa misma institución científica. Así, por ejemplo, las intervenciones realizadas por Antonio Zambrana Vázquez y José R. Montalvo, y que tenían no sólo connotaciones no sólo discriminatorias sino también sociales y políticas. El primero de ellos intentó, en una memoria presentada en la Sociedad Antropológica, dedicada a Darwin, demostrar en el campo de la sociología, leyes análogas a las planteadas por el naturalista inglés en las ciencias naturales⁵¹. Sus criterios políticos como autonomista que era (había participado en la Guerra de los Diez Años, del lado de los cubanos) y sus criterios desfavorables sobre la raza negra, le valieron la crítica del periodista conservador

⁴⁹ Mestre, Arístides, La política moderna y la ciencia antropológica", *Revista de Cuba*, Habana, 1887, vol. 6, pp. 289-309.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 302.

⁵¹ Acta de la Sociedad Antropológica... *Opus cit.*

Rodolfo de Lagardere⁵². En cuanto a Montavo también se expresó desfavorablemente de los mestizos y mulatos, manifestando incluso la posibilidad de que algunos pueblos y tribus fueron resultado del cruce con monos (¿se inspiró Calgano en él para el falso Stanley?), insistiendo en ello posiblemente con fin de oponerse a los planes esclavistas que pretendían los grandes hacendados y comerciantes. Estas i de traer mano de obra importada de Asia y de África. Pero que al propio tiempo dejaba traslucir la tesis de la inferioridad intelectual, moral y física de algunos pueblos para así explotarlos mejor.

Baste un ejemplo, en el mencionado *Boletín de Colonización*, el sector de la burguesía esclavista que favorecía en Cuba la inmigración de negros y asiáticos, y hasta de abisinios y egipcios, para utilizarlos en la agricultura, reprodujo un resumen del libro de Auguste Debay (1802-1890) sobre el origen de las razas humanas, donde éste desarrollaba sus ideas acerca de la gradación evolutiva (cultural y antropológica) de los distintos grupos humanos⁵³. Así, para Debay el esqueleto de un hotentote y el de un orangután, mostraban sorprendentes semejanzas, de manera que un ojo menos práctico consideraría a ambos, de la misma especie; pues tienen rasgos comunes: como la cabellera corta y lanuda, rostro triangular, rasgos difusos, frente deprimida, pómulos salientes, ojos oblicuos, distinta forma anatómica de la nariz, boca muy rasgada, labios lívidos, hinchados y salientes, dirección oblicua de dientes y mandíbulas (prognatismo), dándole a la boca aspecto de hocico con ángulo facial de 45°, esteatopigia y otras. También en relación con la cultura eran los más atrasados por su bestialidad y lenguaje, tan escaso como sus ideas, y basado en una especie de aullido prolongado: "Encenagados días enteros en el estiércol sin pensar en nada, presenta un aspecto asqueroso y repugnante que no ofrece ningún semejante en la especie"⁵⁴. De modo que, estudiando el físico y las costumbres de ciertas tribus de la raza negra, podía adquirirse la certeza de que eran eslabones en la cadena animal, el último de los cuales representaba el paso de la materia bruta. El hotentote ocupaba el postrer eslabón en la cadena antropológica y marcaba el paso del género cuadrúmano al bimano, mientras que los etíopes tenían los rasgos fisonómicos más regulares que los otros grupos y eran también más inteligentes, industriosos y hábiles en artes y oficios. Los papúes eran por su

⁵² Respecto a este debate, véase García González "Racismo, ciencia y autonomismo...", *Opus cit.*

⁵³ Debay, Auguste, "Antropología..." ,*Boletín de Colonización*, 1874,Año II, nº 16, pp. 1-3 (15 de septiembre); nº 17, pp. 1-2 (30 de septiembre); nº 18, pp. 1-2 (15 de octubre); nº 19, pp. 1-2 (30 de octubre). Cf. Debay, Auguste, *Historiee naturelle de l' homme et de la femme depuis leur apparition sur le globe terrestre jusq' a nous jours. Race Humaine primitive, ses méthamorphose en races-types et variétés de race suivi de L' Histoire des Monstruosités humaines, avec dix gravures*, París, E. Dentu, 1861.

⁵⁴ Ídem.

parte, perezosos, miserables, geófagos, glotones, asquerosos, ni siquiera poseían el instinto del orangután, de construirse una cabaña con cañas de bambú y lavarse la cara en el arroyo, por el contrario, cubiertos de una costra repugnante, prefieren curtir su piel a la intemperie que construirse un abrigo. Ello implicaría preguntarse, añade, si eso es pereza o estupidez. Los cafres, en cambio, parecían menos asquerosos que los hotentotes: sus pómulos no tan salientes, nariz menos aplastada y eran tan inteligentes como para realizar la crianza del ganado, la construcción de chozas, la confección de armas, e incluso emprender el comercio.

Estas concepciones colonialistas y racistas, nos recuerdan mucho las disertaciones efectuadas por el falso Stanley. Las mismas son llevadas por Debay al extremo discriminatorio de transmitir las a cuestiones fisiológicas, cuando, por ejemplo, al explicar la coloración de la piel expresa que la sangre, la bilis y casi todos los "humores", sin exceptuar el quilo, son más oscuros en la raza negra que en las demás, creyendo posible que la pigmentación de la piel se deba a la mayor riqueza de carbono existente en la sangre del negro, con respecto al caucásico.

Algo similar concibe en relación con la raza amarilla a la que concede el segundo lugar o grado en el orden progresivo; estima que tienen el cráneo mejor modelado, y si bien los instintos del bruto persisten todavía, su inteligencia está más desarrollada que la de los negros. De modo que "la naturaleza que emplea millares de siglos en elaborar sus obras, hace presentir que no limitará a esta raza su inmenso trabajo antropogénico". Como en la raza negra, Debay establece gradaciones evolutivo-culturales, de carácter discriminatorio para sus cuatro ramas. Así los hiperbóreos son los más atrasados, tímidos y propensos a la poligamia, y cuya inteligencia apenas si se eleva a la idea de Dios; en resumen, podrá "ser considerada esta raza como detenida en su desarrollo por excesivos rigores del clima y la mala alimentación". La rama de los chinos era la cuarta en el orden progresivo, "más adelantada que las otras, se comprende que de ellas ha de salir el hombre blanco, que por su organización física e intelectual, merecerá ocupar el grado superior en la progresión antropológica".

Debido a su concepción racista, Debay considera que, según el orden sucesivo que emplea la naturaleza en sus transformaciones, de pasar de una organización imperfecta a otra más avanzada, la blanca debió suceder a la amarilla. En este sentido, la raza blanca se distingue por su civilización, que ha sobrepujado inmensamente a las otras razas. Si bien alguna de sus variedades (indígenas del Indostán, escitas, arameos, celtas y pelasgos) tienen el color moreno o amarillento, "esta coloración depende únicamente de la acción de la luz y el

calor del sol, porque los individuos que viven encerrados conservan el color blanco y el tinte de su idiosincrasia".

Dicha consideración, así como la de la inteligencia y superioridad moral, científica y artística de los pelascos (griegos y romanos) a la que debe la civilización moderna (léase blanca) su desarrollo, pudieran parecer pueriles si no conllevasen un profundo sentido colonialista y discriminatorio, que le hace emitir las siguientes conclusiones: "A medida que el rostro gana en anchura, que los rasgos se confunden, y que el óvalo se prolonga, el cráneo se estrecha y la estupidez aumenta, en inversas proporciones la inteligencia se engrandece. La raza negra se distingue por la pasividad y los apetitos sensuales, los instintos dominan la razón. La raza blanca se distingue por la inteligencia y la actividad; más favorecida que sus hermanas, la perfectibilidad es su dote, y hasta hoy marcha guiando la humanidad. Tales fueron y tales son hoy las razas humanas, y tales serán hasta que una larga sucesión de siglos conduzcan al hombre a un grado más elevado de perfección física y moral, o que una catástrofe general en lo que nos rodea venga a modificar la vida animal, a reducirla, o a hacerla desaparecer del mundo"⁵⁵.

Este artículo, así como algún otro que publica este sector de la burguesía esclavista, podían ser utilizados también para combatir las ideas evolucionistas por entonces, en plena ebullición. Así, verbigracia, el traductor o comentarista de la memoria de Debay, antes citada, expresaba su no aceptación de la teoría de Darwin, asumida por Debay para fundamentar su trabajo, pues negaba los dogmas del Génesis. Aunque para ser exacto, Debay (al menos por 1874) creía en el monogenismo religioso. O manifestaba en otra parte que las modificaciones antropológicas y fisiológicas, provocadas por la acción del clima, las costumbres (deformaciones craneanas), la alimentación, ciertas enfermedades (elefantiasis, cretinismo, albinismo), y aun las variaciones producidas por los cruzamientos, negaban la teoría de Darwin, y hacían rechazar los principios de Haeckel. Aunque se acepta el papel de la herencia como transmisora de caracteres, invariablemente perpetuados para la especie, la forma y el color; así como de aquellas actividades secundarias que, adquiridas por los procreadores, se convierten en hereditarias luego de reproducirse durante muchas generaciones.

Como fácilmente puede cobersarse, las ideas del falso Stanley de la novela de Calcagno no son exclusivas ni caricaturescas, sino verdaderamente asumidas por distintas personalidades foráneas. Estos criterios, legados a través de sus obras a la comunidad

científica nacional, ya formaban parte del acervo cultural –aunque colonialista– de muchas figuras de la época. Si bien ello era bastante común, no todos los antropólogos compartían estas opiniones. Ya desde el siglo XVIII Blumenbach, Prichard y Humboldt, insistían en la unidad de la especie humana y negaban la supremacía de una raza sobre otras. Asimismo el antropólogo Federico Ratzel –aunque lastrado por la opinión discriminatoria de creer la inteligencia del negro incapaz “de volar tan alto como la del inteligente blanco”–, refutaba el criterio de pueblos salvajes, primitivos o razas inferiores y se oponía a que se les colocara en un grado más bajo del árbol genealógico. Prefería el concepto de pueblos naturales. “¿Qué son, pues, los pueblos naturales? Bajo el punto de vista de razas, existe en ellos una gran variedad, pero no por esto forman un grupo de pueblos en el sentido anátomo-antropológico. Desde el momento en que disfrutan de los principales elementos civilizadores de la humanidad, tales como el lenguaje y en cierto modo religión, costumbres e invenciones no se les puede colocar como grupo genealógico y antropológico en la parte más baja del árbol genealógico de la humanidad, ni se puede calificar su condición de estado primitivo o de estado infantil”⁵⁶. Ratzel negaba, asimismo, que existieran razas puras, y citaba a Falkenstein, quien opinaba que los negros eran de facciones armónicas y hasta bellas. También criticaba a quienes como Pogge juzgaban al negro “pérfido, perezoso, embustero, disoluto, ligero, astuto y supersticioso [que] miente y engaña siempre que puede [y] sólo vive para el presente sin pensar en el porvenir”⁵⁷. Agregando que juicios como éstos, parten de una base mezquina.

Podría continuarse argumentando sobre dichos tópicos, acumulando razones de quienes estaban en contra o a favor de estos criterios, pero no es nuestro objetivo, salvo señalar lo ya referido acerca de Calcagno y su época. Un aspecto que no es posible pasar por alto, sin embargo, es el hecho que Calcagno no incluyera autor ni referencia antropológica cubana en su novela, cuando ya se habían realizado diversos trabajos sobre esa temática en el país, amparados por la Academia y la Sociedad Antropológica, a la cual pertenecía. Se calla los nombres de Felipe Poey, Luis Montané, Antonio Bachiller y Morales, José M. Mestre, cuyos trabajos, aunque todavía modestos representaban un importante aporte a la antropología cubana. Igualmente guarda silencio en relación con extranjeros vinculados con su patria por sus estudios científicos y permanencia en ella, como son los españoles Miguel Rodríguez Ferrer, Francisco M. Tubino y Manuel Fernández de Castro, el francés Henri Dumont y otros.

⁵⁶ Ratzel, Federico, *Las razas humanas*, Barcelona, Montaner y Simón, 1888, pp. 9-10.

⁵⁷ *Ibidem*, p. 1297.

Que sus ideas en esa época no favorecieran totalmente a los cubanos no sólo deriva de ese silencio, sino de sus pensamientos expuestos en otras obras de este período; de ahí que Enrique José Varona afirme: “Pero tenemos que hacer una reserva antes de concluir. No podemos perdonar al autor [Calcagno] la mala opinión que tiene de nosotros, es decir, de sus compatriotas. Lo menos que puede creer un pueblo de sí es que no le falta capacidad para vivir sin tutela. Pero en Cuba se da el caso singular de que, después de grandes y heroicos esfuerzos en pro de la emancipación política realizado por las generaciones sucesivas, haya hoy todavía no pocos de sus hijos que declaren, por lo menos sin violencia aparente, que debemos ser menores a perpetuidad. Bueno es ser humilde, pero no tanto”⁵⁸. Resulta necesario aclarar que esta crítica de Varona (1888) a una de las piezas narrativas de Calcagno, aparece en el mismo año en que se publica *En busca del eslabón*. Pero aunque en esta última obra es precisamente Don Sinónimo, el cubano, quien dirige una salutación a Estados Unidos –país al que toma como modelo y parece admitir su proteccionismo–; las ideas y concepciones políticas de Calcagno cambian con el tiempo, y según afirman los investigadores Friol y Méndez, se transforman en 1898 en un llamado al patriotismo, al orden y al trabajo, oponiéndose decididamente a la anexión.

⁵⁸

Varona, *Opus cit.*, p. 86.